

En los hombres puede pasar el mal genio, el mal humor, enfermedad física incurable, tributo muchas veces de la constitucion masculina que suele adolecer de imperfecciones de las cuales resultan hazañas ó grandes obras de la inteligencia. Dicen que los poemas de Byron, los más terribles, esos donde su misantropía olímpica le levanta al poeta al firmamento en alas del santo odio que profesa al género humano corrompido, fueron fruto de ese humor negro que en algunos hombres tristemente privilegiados es padecimiento que raya en desesperacion. La bilis, el más corrosivo y amargo de los humores de nuestro cuerpo, es el más noble, quién lo creyera: el temperamento de los varones íclitos es bilioso, teniendo su parte en él esa nerviosidad delicadísima, temblor divino de la inspiracion. Individuos hay que pasan por malos, cuando abrigan el *corazon maternal* de Jesucristo: la bilis negra les está bañando el pecho, y les da aspecto de demonios á esos que no pierden quizá ocasion de echar afuera torrentes de caridad, generosidad, virtud encarnadas en obras de santo ó de filósofo. Con desgraciados de esta naturaleza la indulgencia es obligatoria en nosotros; no sea que nos vengamos á parecer á esos pobres de espíritu que no distinguen lo bueno de lo malo, y andan empeñados en el descrédito de personas acreedoras á la veneracion de sus semejantes. Apacible resistencia, sufrimiento, mansedumbre, jovialidad insinuante, dones son de la mujer; su pecho, asiento natural de estas virtudes, las cuales, en cierto modo, dependen de la constitucion del sexo femenino. Son pues más culpables las que, por falta de juicio, imbuidas en principios insanos de predominio

y dictadura, se calzan las bragas, y no quieren sufrir contraresto en su extravagante señorío. Este mal genio es atroz; el más empalagoso es el de la contradiccion de que adolecen ciertas mujeres vanas. No exprese uno ante una de ellas pensamientos ni afecciones: por sinceras que sean éstas, y elevados ésos, el censor importante les dará de coces, teniendo á gloria apartarse en ideas y sentimientos del ánimo de ese á quien ojalá estuviera atada fuertemente con la voluntad y la inteligencia. Oh tú que la conoces, porque es tuya á pesar tuyo, no dejes ver tu afecto por uno de tus semejantes; ella mostrará de contado su tirria por ese amable sugeto: no aborrezcas ni á un infame en su presencia, porque ella ostentará su estima por él y su cariño. Mujer de mal genio, compendio de batallas: todo le disgusta, todo lo reprueba, todo la saca de sus quicios. La cólera, suya es; los maullidos de gato encelado, suyos; los trepes y bravatas, suyos; ¡y qué gesto repulsivo ese que la embravece afirando los porfiles que bañados de mansedumbre serian prendas de amor y felicidad! Buena gracia y delicadeza, vínculos de corazones. Estas locas ingratas suelen pagar á las veces la pena de su mala índole: si en la soledad despreciable en que devoran la indiferencia de la gente están echando lágrimas de arrepentimiento, no sé; pero se me alcanza que el desden del hombre cuyo amor poseyeron, es para ellas ascua encendida que les abrasa el pecho y les cocina en las entrañas ese brevaaje amargo, viscoso, que se les cuaja en el gargüero amenazándolas con muerte desesperada.

Mal genio y mal carácter pueden concurrir en una misma persona ; mas no siempre son sinónimos ; sucede por el contrario que los hombres de mal genio, esos de temperamento eléctrico que están relampagueando sin ruido, cuando no truenan y echan rayos, suelen ser los que más propenden á las buenas, las grandes obras ; al paso que muchas veces los de condicion mansa y apacible no se van tras el mal del prójimo, pero con suma bondad y calma se suelen rehusar á los hechos del bien con que aliviarnos y salvamos á nuestros semejantes. En cuanto á sacrificios, no son para ellos. Buen genio es virtud humilde, casera en cierto modo ; nada tiene que ver con las acciones que entran en la jurisdiccion de la sociedad política y civil : el buen carácter tiene advertencia á la conducta, la manera de gobernarse el individuo respecto de los demas en cosas que no son indiferentes y salen de la órbita de la familiaridad y los afectos. Un individuo de mal genio puede ser muy estimable ; uno de mal carácter, sentado está perpetuamente en el banco del desprecio. Mal carácter, poco más ó ménos, es mal comportamiento ; mal genio no es sino disposicion natural que nos tiene aparejados de continuo para la sensibilidad nimia, la cólera, las vanas quejas, y ese prurito de padecer á fuego lento y hacer padecer á los que por obligacion ó por benevolencia nos conllevan.

Conocí un general que á buena cuenta de su genio diabólico y su espíritu amargo era llamado *Cascarilla*. Cascarilla era un demonio : sus ojos azulcelestes volaban en rotacion vertiginosa envueltos en un mar de sangre

hirviente. Hallábase enfermo un dia, malamente enfermo ; enfermo de morirse : ofreció al médico, su espada por testigo, que no tendria la menor cólera, ni saldria de sus quicios si le diesen cantaleta. En cuanto á la quietud material, el fisico sabidor le dijo que el mover un brazo pudiera causarle la muerte. Vuelve Paraiselo dos horas despues, y se da de hocicos con un soldado que huye despavorido. Entra de prisa al cuarto del moribundo : todo silencio ; la cama, sarcófago vacío. Vuelve la vista á un lado y á otro : el señor general, tras una puerta, en camisa, cogido de su lanza. Sin tiempo para ganar el lecho cuando oyó al doctor, habia tomado iglesia en ese venerable humilladero. Sin la feliz aparecida de este sabio, en la calle le alcanza al asistente y le hace pedazos : ; tan bien habia cumplido su palabra de tener paciencia ! Este mismo hombre del diablo tenia aferramiento inquebrantable á la legalidad, la equidad, la distribucion de la justicia : con la ley en la mano, estatua de Pálas cubierta de su egida : nadie le conturba. Ministro de su hermano, presidente de una República, hombre éste sin nociones de moral ni impulsos de grandeza, le resistia como héroe-filósofo.

« Señor Ministro, firme usted esta orden. »

« Excelentísimo señor, es contra la ley. »

« Qué ley ni qué alforja : firmela usted ! »

« No la firmo ! »

« Pero hombre, Gabriel... »

« Canalla, yo te volveré bueno á tí primero que tú me corrompas. »

He aquí un hombre de mal genio y buen carácter ; de malísimo genio y gran carácter.

E P I S O D I O

EUTROPIO

Conocida es la maldad de los eunucos en los serrallos de Oriente, donde estos miembros descabalados de la especie humana se vengan de sus semejantes con descontar en malas obras las emociones íntimas de la naturaleza y los deleites de grande objeto con los cuales ella regala al hombre por medio de una ley impresa en el corazón y los sentidos. Esos varones frustrados, víctimas perpetuas de la envidia y los celos sin fundamento, descargan su ira sobre esos entes bellos y desvalidos que, estando en sus manos, no pueden servir sino para la felicidad de los á quienes ellos aborrecen en lo profundo de su pecho. Los peores reinados en lo antiguo fueron esos cuya mayor parte era de los eunucos, privados tenebrosos á quienes se entregaban los déspotas incapaces del gobierno. La integridad de las potencias es necesaria para el equilibrio de las pasiones y el ritmo acorde de los afectos, equilibrio fuera del cual la persona es destinado embolismo de anhelos, ímpetus, delirios y extravagancias que la privan del juicio. Como ha perdido el valor con la virilidad, el capon no es violento ni arrojado : su arte es la astucia, su política la cautela : todos los hombres son sus naturales enemigos, segun como él los conceptúa y trata : su vida, guerra al amor, la amistad, la gloria : felicidad ajena, desgracia para él.

Aborrece de muerte el matrimonio, porque no puede casarse : himeneo es *abracadabra* de explicacion siniestra, logogrifo de donde no sacaria sino vergüenza y desventura. El renombre de los varones inclitos le irrita en silencio : como su estado es una pacífica infamia de la cual no puede salir, sabe que honra y crédito son para él coronas imposibles : se trueca en odio y muda cólera su ambicion sin esperanza ; con ellos está atendiendo á sus semejantes á la vuelta de la esquina, y puesto que no le vean, los derrienga al paso y huye envuelto en sombras.

En la ciudad de Quito, en la América Meridional, habia un individuo llamado Julio Casco, el más desgraciado de los mortales, si verdaderas las cosas que de él dicen las gentes. Cuándo dejó de ser hombre, nadie lo sabe : la muelle gordura de sus miembros, lo ahuecado de la voz, la palidez casi impúdica del rostro acreditando están en él la desdicha mayor que puede afligir al sér humano. Esta pérdida invisible que descompone y arruina la máquina portentosa cuyo agente es el amor, echa tambien por tierra el edificio de la inteligencia, socava el poder fisico, destruye la briosidad sublime con que el hombre, satisfecho de si mismo, anda como dando gracias al Criador, alta la frente, por lo que ha puesto en él de sensibilidad, grandeza y poderío. Julio Casco, entre odio, codicia y ambicion alimenta la negra memoria de las dichas ajenas, y jura la muerte de dia y de noche á los que, conservando íntegros los dones de la naturaleza, pueden sacar el fruto que de ellos exige esta buena, santa madre. Como si los demas fuesen culpables de su des-

ventura, los trae sobre ojo : el que se descuida un punto, allí cae víctima de calumnia, denuncia, excitacion sangrienta ó alzaprima donde vienen triunfando mentiras é iniquidades. Esa cara doble ofrece espacio para quinientos bofetones ; esos ojos soslayados presentan ángulos y sesgos por todas partes ; esas ventanas imperfectas de la nariz son troneras por donde entra y sale en forma de azufre pestilente el demonio que habita su cuerpo y mueve sus afectos. Cuellicorto, mofletudo, la barriga harta de pan ajeno, y quién sabe si de sangre inocente, es preñez nefanda que promete ventregada enorme de escuerzos, ranas ponzoñosas y serpientes de dos cabezas. Este capon tiene mirada de Satanás arrepentido ; arrepentido de mala fe : le baña á uno con ojos de afectuosa dulcedumbre ; si puede mirar sin contraresto, allí le echa un mar de odio en caudales de hiel visible, que son lágrimas ó muerte futuras. Vino un dia á mi casa, y me alargó la mano ; esa mano edematosa, que en tiempo de la entereza estaba cargada de cerdas como lomo de puerco zaino : habló de la esperanza de la patria, de mi brillante porvenir, mi gloria : se fué luégo al como Galerio á quien servía, y esa misma noche era yo preso y desterrado. Informes inicuos, denuncios falsos, libelos infamatorios, ¡ qué no salia, gran Dios, de esa fragua de Júdas donde los treinta dineros, majados con martillo sin ruido, crecen, crecen, crecen y se convierten en miles de onzas de oro ! La gatita de Mari Ramos no es más suave, inofensiva y cariñosa : reñir, nunca en la vida este capon : bondad es su herencia, buen genio su temperamento. Prenden á uno, matan á otro ; mancillan á éste, roban á ése ; la Nacion arroja un

grito inmenso de dolor en medio de su negra suerte : Eutropio, ministro, no lo sabe, no ha sabido nada. Modesto, humilde, abatido, ni hace rostro, ni lleva á mal la contumelia : cachetes, coscorriones, puntapieses, todas son muestras de amistad para él : le escupen en la cara, cual á otro Simús ; á él le corresponde excusarse y pedir dispensa, porque es buen cristiano. Pero allí está Ignacio Jarrin, su Galerio ; se va para él, y proscripciones, asesinatos, gravámenes horribles, injurias públicas son el timbre del bondadoso eunuco. El pueblo, cansado de este monstruo, le cogió un dia y le ahorcó en la plaza.

He aquí un individuo de buen genio y mal carácter ; de bonísimo genio é infame carácter.

Nuestro prisma encantado no presenta aún sino dos visos : el *entelechia* de los antiguos y el *genio* de los modernos tienen cien caras ; por ellas echan luces de colores vivos, y tan variados como diferentes sus facetas. Genio, espíritu misterioso, aparicion sobrenatural que anuncia su destino á los varones extraordinarios. Genio, índole, disposicion de la persona que la tiene ojo avizor á la alegría ó la tristeza, la mansedumbre ó la ira, la afabilidad ó el hazteallá con que aleja de sí á los demas en uno como terror, ó cuando ménos disgusto de compañero semejante. Genio, ahora, es aptitud para una cosa, ciencia ó arte ; aptitud declarada y pungente, digamos así, que de manera incontrastable le impulsa á uno á tal estudio ó tal práctica en los cuales hará des-

cubrimientos ó concluirá obras perfectas. Este *genio* suele ser una como alma especial que, gravitando al centro de la vida, arrastra en pos de sí todas las facultades, de modo que la existencia del individuo cae de un lado, bien como el peso oculto de la brocha le suele servir de base para que la suerte quede puesta encima sonriendo ufana al ganancioso; sino que en el un caso la mala fe es el ejecutor, y en el otro, naturaleza, con legalidad y verdad, asigna tal ganancia al que para ella le señaló desde la cuna. Tener genio para una cosa es haber nacido con disposición para ella, no dejarse desviar del camino por donde le está impeliendo un dios oculto. El poeta de nacimiento tiene genio para la poesía; el músico natural, lo tiene para la música; el pintor innato, es pintor ántes que tome los pinceles, á despecho de sus padres que le destinan para la jurisprudencia, y contra el torrente del mundo entero. Esta facultad hace sus revoluciones por órbita asaz estrecha: tener genio para una cosa es servir para ella, ser bueno con ímpetu para tal profesion ó tal carrera, siendo el sugeto vulgar para las demas, de ineptitud clamorosa por ventura. De los pintores sobresalientes, podemos decir que tienen genio para la pintura; y un artista de éstos, sobresaliendo entre sus coprofesores, será incapaz del arte de la guerra, de las ciencias abstractas, las meditaciones metafísicas durante las cuales el filósofo se levanta de la tierra con vuelo de águila y se va por esos mundos remotos del cielo á requerir los arcanos del universo y los grandes atributos del Altísimo. Entre los que tienen genio para un estudio, un arte, los hay que lo tienen en especial para una parte de él: la inteligencia, circunscrita en un

menguado círculo, se estrecha aun más, se aovilla y, pequeñita, se mete en uno más estrecho. Ingres, Delacroix, Fortuny tienen genio para la pintura: Van Huisum, Van Os, Redouté lo tienen para pintar flores; y de estos hábiles floristas, los habrá que tengan genio para la rosa, genio para la violeta, genio para las plantas corimbosas, como ese que pintó un racimo de uvas con tal perfeccion, que los pájaros venían á picotear los granos.

Entre los treinta y seis espíritus con que los pensadores de la antigüedad poblaron el mundo, unos tienen á su cargo el cuidado de los templos, otros el de las murallas y las torres; éstos custodian los baños públicos, éstos miran por los puentes; cuáles vigilan la puerta de calle, tales velan por el jardín y el traspatio: otros hay cuya embajada perpetua es cuidar el escaparate en la despensa, las sillas en el comedor, el brasero donde la marmita está hirviendo con ese murmullo alegre que es la armonía del espíritu que tiene al lado. Así como estos espíritus domésticos, dioses pequeñuelos, no son de facultades que los vuelvan propios para las obras mayores, así esos hombres hábiles en una cosa no suelen sobresalir en otras, y tienen genio para la ciencia ó el arte en que son maestros.

Si querer entender de todo
Es ridícula pretension,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor:

Ya lo dijo Iriarte; y todavía es verdad inconcusa que nadie alcanza la perfeccion, sin un fuerte ahincamiento

de sus facultades en la empresa que tiene acometida. Hay en Francia una profesora de dibujo en miniatura, tan hábil, tan brillante en su ramo, que ningun artista le hace contrapeso en su industria de dibujar para las porcelanas de Sèvres. Esas flores, esas aves del paraíso, esas cariátides extrañas, esas figuras entrelazadas en vueltas prodigiosas y nudos inextricables; esos pámpanos abiertos, esos angelitos con alas en el cuello y piernas gordas, esas caras de náyades que entreparecen por los claros de las espesuras rústicas, esos graciosos sátiros que tienden redes á las ninfas, nadie los pergeña con más pulso que esa musa del carboncillo, para quien lápiz y carton son elementos de idilios embelesantes. Esa mujer es Madama Jacotot: Madama Jacotot tiene genio para el dibujo. Quitadle de la mano ese instrumentito negro del cual brotan primores tántos y tan raros, ponedle entre los dedos el largo pincel del Pousino, y no es nada esa creadora de jardines estampados en la transparente materia de una fábrica maravillosa.

Habia en otro tiempo en Florencia un poeta que hacia epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven aún en los museos de esa ciudad primera entre las más famosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini es un canto de poema, si ya no la saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas la flor de los panales del monte Hibla. Los que viajais por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad á sus puertas: esa roca negra, escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos á pié

llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas: en ese museo topais á cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus dedos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfaccion: Citerea, desnudos brazo y pierna, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas: Cupido, pequeñito, gordo, crespo, una banda en los ojos, va, y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer: las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se están contemplando cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginacion ante su reina y directora la immaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve: el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiracion grande, la inspiracion épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara á golpes de ciclope y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese pincel seria el martillo de Encélado para el delicado labrador de figurillas celestiales.

Ya habeis visto la *música muda*, como decia el bardo de Weimar; la música del carton y de la piedra; ahora oid la música con voz, esos torrentes de ruidosa melodía que están llenando los palacios de los reyes. No os doy

aquí esas entonaciones marciales que levantan á deseo de guerra el ánimo de los valientes que la escuchan : esa música rompida á la sangre, que arrastra los ejércitos al campo de batalla y consume mil proezas con el brazo de los héroes : esa es la « Sinfonía militar » de Haydn.

No oigais tampoco los acentos desesperados con que el esclavo del demonio está dando á saber al mundo que el plazo de su contrato fatal está cumplido, y se dispone á entregar su alma á quien le hizo venta de ella : esa es la « Condenacion de Fausto, » de Berlioz.

Llegan á vuestros oídos esas voces remotas, aéreas ; esos como suspiros de sombras dichosas que en el seno de la oscuridad están quejándose de un contratiempo sobrevenido á su felicidad, pero quejas resignadas, tenues, dulces, que se pierden en los confines de la alegría y la tristeza, el consuelo y el despecho, la desesperacion y la esperanza de placeres y triunfos renovados ? Esa es la « Obertura de la flauta encantada » de Mozart.

Ahora suena una voz profunda y monótona, grande y grave como si los abismos se estuvieran levantando de sus asientos, atormentados por una dolencia misteriosa : bum !... bum !... bum !... La tierra se llena de gemidos de gigantes moribundos, la atmósfera se puebla de espectros presentes al oído, pero ajenos á la vista : se está quejando una montaña adentro de su pecho, con ánimo de que nadie la oiga ? está la tierra visitando la tumba de su esposo, y no puede contener el ay profundo y repetido ? Esa es la sinfonía de « El Océano » por Rubinstein.

Lo que hoy quiero regalaros no es de tanto bulto : es

un arpa, pero arpa encantada, instrumento cuyas clavijas gimen amorosas movidas por los ángeles del cielo : arpa suave, y á un mismo tiempo aguda, que rompe con sus sonidos el pecho y los envía á clavarse en el corazón como espinas de dolor medio loco de placer : arpa mágica que pone á la vista mil sombras invisibles, y hace bailar á los ojos del que la oye las graciosas figurillas en que se encarnan los ensueños de felicidad y los delirios del poeta : arpa que canta versos sin palabras, esos versos en que las pasiones se acomodan prodigiosamente para salir del alma y meterse en el alma, en ese vaiven de deseos, esperanzas, satisfacciones, desdenes y despechos de que se compone la vida en sus mejores años : arpa melancólica y alegre, ciega y profética, pausada y loca, que hace sospechar un lindo dios metido en el seno de la artista, dándole golpes de amor é inspiracion, volviéndola pitonisa que ve en el porvenir de las felicidades y las pesadumbres. El célebre músico Wagner, hablando de Esmeralda Cervantes con el rey Luis de Baviera, le dijo : Señor, éste es el genio. No es el genio : Esmeralda Cervantes tiene genio para la música ; el arpa es su genio. El genio para la música encarnado en una jóven que es toda poesía, cuyo espíritu se está echando afuera por los ojos, empapada en un caudal de amorosa inocencia ; cuyos labios componen á cada instante la firma con que las almas puras se prometen á Dios, esto es esa sonrisa de lineamientos divinos que hieren los corazones ; cuyos miembros rebosan en voluptuosidad involuntaria, la cual si despierta deseos no aconseja temeridades ; el genio de la música encarnado en una mujer de éstas, digo, por fuerza da golpe.

en cualquier parte, el golpe que dió la Esmeraldita en las naciones cultas de Europa, esas que tienen la más delicada porción de la cultura en el oído. Strauss, Languenbach se quedaron mudos de asombro cuando la oyeron á la bella catalana y, triunfantes, la pasearon por las cortes de más rumbo, presentándola á las testas coronadas. Viena, Berlin, Paris, en qué gran ciudad no mostró su linda cara la española, su cara musical, de cuyas facciones se levantan con sólo mirarla sombras de armonía que vuelan dando ayes apasionados, pero mudos? El genio no se enriquece: el genio vive de miseria, muere de hambre, oculto y olvidado, como Cristóbal Colon, como Cervantes: su herencia es incredulidad é ingratitud de los demás, cuando no persecucion y muerte. Esmeralda ha visto acumularse los bienes de fortuna en torno suyo como por encantamiento; la endiosan halagos y distinciones; no la persigue la calumnia ni la combate la envidia; luego no es el genio. Pero es la suya alma tan armónica, su habilidad tan cumplida, su arte tan perfecto, que á boca llena podemos decir que tiene genio para la música, y genio especialísimo para el arpa. ¡Y digo si habrá parecido bien la señorita á las señoras reinas cuando, despues de una noche de embeleso, ha salido de sus palacios cargada de diamantes y rubies, joyas que conserva como altos recuerdos de sus triunfos!

Así como Esmeralda Cervantes tiene genio para el arpa, así Teresa Carreño lo tiene para el piano: el maestro Listz sabe si esa bella americana dió con el secreto de su instrumento, y si las teclas de marfil debajo de

sus dedos son intérpretes elocuentes de esa alma noblemente apasionada. Cuando la inteligencia no se remonta en frenesí divino á los ámbitos oscuros é infinitos de la creacion, no cobra proporciones de genio. De tener genio para una cosa á ser un genio va tanta diferencia, como de ser hombre distinguido á ser grande hombre. El que tiene genio para la poesía, la música, la pintura, despierta, digamos así, un afecto moderado que suple con el cariño lo que falta de admiracion: el genio, al contrario, se propasa en su ascendiente en términos que la superioridad suya, gravitando fuertemente sobre los hombres comunes, los irrita y, mal enojados éstos de tener que verle para arriba, le juran odio y muerte. Es cosa incomprendible la antipatía que los hombres altamente superiores despiertan en el vulgo: uno de los más ardientes apasionados de lord Byron refiere que cuando le vió la vez primera, una súbita crispatura de nervios le advirtió que aborrecia á ese hombre, sin saber quien fuese. Entró éste á una biblioteca en una de las ciudades de Italia, negra y crespa la cabellera, pálido el rostro, claudicando elegantemente; figura por todo extremo hermosa, dice su biógrafo, pero de repulsion invencible. Cuando supo quien era, y vió el alma de ese varon excelso derramada en sus obras, el odio espontáneo se le volvió cariño y respeto profundos. No de otro modo el que veia desde luego al gran escritor Gibbon le aborrecia; bien es verdad que éste era feo; pero la antipatía no de lo feo, mas ántes de lo grande: el vulgo se venga de su inferioridad con el aborrecimiento.